

No existo por otra razón

No existo por otra razón

Lorenzo Arabí

Dedicado a la persona
más importante de mi vida.

Author: Lorenzo Arabí
fotografía de portada: Lorenzo Arabí
Coverdesign: Lorenzo Arabí
ISBN:97889403639697
© 2021 Lorenzo Arabí

Uno

Una bolsa azul colocada cuidadosamente sobre un sillón.

Mientras, los cristales de la ventana dejan pasar nostalgia, derramada como si fuera un tinte otoñal. Un rojo ocre, entristecido con jirones de nubes. La bolsa no es triste por sí misma, son los recuerdos encerrados en ella, y quizá tampoco: son remembranzas en su mayoría apacibles. Dibujan con el iris y el sol bailes mojados. La lejanía las impregna de vida de otros. Aun siendo muy suyas, auténticamente suyas, ya que no ocurrieron sin sentir. La bolsa no deja de palpitar, el nudo es su garganta. Miriam la dejó para respirar en el balcón, aspirar el aire caliente, e intentar relajarse. Allá abajo sigue la imagen ausente del coche de Santiago mal aparcado sobre la línea amarilla descolorida del suelo, al que se llevó la grúa en bastantes ocasiones. El ciego que vende el cupón levanta su nariz, intentando adivinar qué tipo de persona ha pasado a su lado. La sonrisa diluida de una mujer escuchando a otra explicar alguna cosa. Sigue todo igual, no ha debido de ocurrir nada, la calle es la misma, aunque tenga otro matiz. Su mirada salta, escamoteando la masa, para localizar peculiaridades en ese océano homogéneo. Un perro ladando dispersa a los viandantes, como una roca en medio de un cauce. La tarde es ardiente, un horno sin llamas. Es junio, espera las plenas vacaciones, y con ellas el trasiego con los alumnos de una excavación a otra, el sol abrupto y bifronte de la meseta, o como el año pasado el Sol velado e inane de un valle enfilado al mar. Sudaron como nunca. Sus recuerdos se mezclan y diluyen, no los coloca en su fecha, es

una mujer del presente, y del futuro inmediato. Y por eso la bolsa debe desorientarla con imágenes confusas. Se pierde entre la multitud de esta calle bulliciosa, queriendo alejarse, con alguna vida soniente y andar tranquilo, para no enfrentarse al pasado. Querría enterrarla, como lo está Santiago. Cuando se entierra a un ser querido, vuelven los recuerdos, y sobre todo los remordimientos. Son las cuentas insatisfechas. Cualquier discusión absurda, como suelen ser, aborda al arrepentimiento con su pesadumbre. Trasto inubicuo de hilvanada sombra, inconsútil sendero. Los baúles en los que encerramos las sombras son de hilo débil, de falsa cerradura. Miriam deslía con la bruma del tiempo su dolor en la boca del estómago, acostumbrada a esconderse, a mirar hacia otro lado en cuestiones de sentimientos. La bolsa es la portadora de unos objetos, segunda piel de Santiago: un reloj, una sortija sencilla de plata, en la cartera la foto, seguramente de ambos, sonriendo, nunca se la hicieron besándose. Y la famosa libreta de tapas verdes arrugadas. De la que nunca se apartó. La llevaba consigo hasta en lugares desaconsejables para el papel. Cuando fueron, pocas veces ocurrió, a la playa, la introducía en una bolsa de plástico hermética, aunque nunca se bañó, lo hacía para que no le entrase arena, y salvarla de salpicaduras. No se la dejó leer a nadie, que ella supiese. Moraba en la interrogación perenne de todos los que lo conocíamos. Terminamos por no preguntar, e incorporarla a la cotidianeidad como un elemento más.

Si Miriam abre la bolsa azul, soltando el nudo endeble, el abismo de un pasado oscuro podría abrirse, o ese es su miedo. Solía escribir en la libreta sin un método fijo, siempre fuera de la vista. A ella le exasperaba. Muy pocas veces logró verlo en ese trance herético y hermético. Siempre sin que él lo supiese. Su cara se desfiguraba, sus gestos vagos y encrespados hacían ostensible un numen interior, irradiante, y posesivo. Por eso no cree que fuese un diario, o una colección de ideas para su escasa

creación literaria. ¿Tendrá acaso un significado profundo?, ¿o baladí? Delante de ella acomodada en el sillón tiene la respuesta, agrandada por la lejanía que confiere el plástico azul, el nudo, y sobre todo la duda. Fue amarrada por manos ajenas, las propias no son capaces de dejar libre todo un orbe aprisionado.

Las líneas del horizonte vistas desde el balcón, al final de los dos finales de la calle, dependiendo de por donde se la empiece, son amanecer la una, atardecer la otra, en este momento un rojo de hilos ovillados despide al día. Miriam acude al sueño como refugio, al mullido vientre, dejará para mañana la decisión: abrir la bolsa o no.

La bolsa la cargaron con eso que llaman pertenencias personales. Colección de objetos apegados a una vida, y que resultan muertos sin su significado, y sin ambicionar comprender aquello que les insufló importancia, indispensables no para nuestra felicidad, sino para no sufrir su contraria. Es imposición admitida. Cuando empezamos a dejar atrás el estado de reflexión, los cambiamos, como hace un fumador poniéndose parches, por una algarabía de objetos brillantes con los que repletamos nuestros nidos. Nos comportamos como cuervos. Necesitamos depender. Necesitamos que un ente superior nos diga que hacer. Eso sí, mucho mejor si nos induce a creernos seres autónomos que toman sus propias decisiones. Es la segunda, por ponerle un número, vuelta de la tuerca. Luego soñaremos con un nido más grande para nuevamente llenarlo, si podemos. Las cosas son exclusivamente eso. Santiago se fue sin ellas. Uso el verbo ir, aunque Santiago, como todos en esa coyuntura no se vaya a ningún sitio. Siempre ha sido nuestra esperanza, nuestro deseo, la libertad del que anda sin lastre, sin caminos. Lo deseamos. En esta vida no somos capaces, y creemos que más allá cambiaremos, hasta ser valientes, y nos enfrentaremos con la veleta, con la incertidumbre de lo eterno. Aunque lo

únicamente cierto, lo único sólido, es lo que tenemos delante, detrás, a los lados, lo palpable como diría cualquiera, lo que se deja tocar, lo que se nos acerca, las circunstancias, las sensaciones que nos inducen. Y no esos fantasmas, objetos que nos nublan el objetivo, lo verdadero, cayendo ante nuestros pasos nos detienen. Deberíamos “ir” ahora y no esperar futuros volátiles con materias que se degradarán en la memoria y se pudrirán en una esquina cualquiera de la tierra.

Las decisiones no se aplazan, Miriam, se levanta diciéndose. La mañana es débil todavía, aún se parece a la noche. La bolsa la mira apoltronada, adormilada, desde el fondo del sofá. La raya negra entre el respaldo y el asiento parece el horizonte sin Sol de antes de amanecer, en el cielo empieza a verse el azul, un azul anudado. Un nudo estanco. Acero rasgando el espejo de esta rada. Tarazas arrancando la flotabilidad a la madera mojada. Los agujeros dejan pasar el agua salada, pero siguen impenetrables para su voluntad. Llora no sabe el porqué. Sí lo sabe, no quiere aceptarlo. Esa bolsa no le pertenece. Es su contenido incongruente, que si lo lanzase lejos, o al cubo de basura, desaparecería sin dejar huellas.

Una losa en su arrepentimiento. Pero qué importancia tendría. Una losa abarcando la visión de una mujer, que es pequeña y sensible, un socavón de oro, enterrado bajo risas sardónicas. Una losa de tantas. De los millones que asolan las calles haciendo a los seres que las pueblan andar sin aparente rumbo. Saltan los hoyos que exclusivamente ellos ven. Sus rostros se parecen a la confusión, su andar es la penumbra, se enredan con su sombra, que los persigue por el suelo. Todos tenemos una, no la conseguimos esconder. El juego consiste, en que ella no nos esconda a nosotros. Intentar no ser una sombra de la sombra, una imagen reflejada, un títere colgado de hilos. Es sólo un juego, pero en ello nos va la vida.

Anudó la bolsa un muchacho joven. Hace poco que trabaja dando el pésame, y demás encargos auxiliares en el tanatorio (no lo sabe, pero son los más importantes, sustentan los demás), daba la impresión de ser inexperto, miraba hacia abajo, y luego atropelladamente decía, como leyendo, para terminar pronto, palabras de consuelo que no consuelan, de obligado soltar en estas ocasiones. Con la experiencia aprenderá que las palabras se deben comprender antes, sin embargo no es necesario sentirlas, es mejor no hacerlo. Ya le tocará sufrir por cuenta propia. También deberá perfilar la expresión del cuerpo, si decide seguir trabajando en esto, por ahora no parece muy convencido. La acompañó a la sala donde yacía Santiago, dejándola sola, no había nadie más. No reconocía al hombre con el que compartió su vida, se había transfigurado en un objeto de los que se desapega con facilidad. Él era palabra, movimiento, disputa flemática, era un hombre apasionado con apariencia de hielo y hastío para el que no lo conocía. Un hombre de queja continua, o crítica según el humor con el que anduviera. No estaba allí por más que mirara a ese cuerpo pálido, se abatió sobre una silla de metal con cojín de fieltro rojo, en glúteos y espalda. Estuvo allí toda la noche, básicamente recordando. Se llegaron durante la vigilia algunos compañeros del trabajo. Santiago no tenía familia cercana desde hacía algunos años, tampoco amigos. Se le aproximaban, y le hablaban de Santiago, de lo bueno que era, al poco se marchaban cuando no tenían más que decir sobre él. Ella tampoco buscaba temas de conversación. Hasta que se quedó sola en silencio, con desmayos de presente. Echaba un vistazo, cuando se acordaba que estaba haciendo en aquel lugar, a la caja donde no yacía Santiago.

Miró a su alrededor, y se apercibió que había alguien más en la sala, a su lado, la bolsa azul también sentada la miraba con ojos sin ojos, breves, imprimiendo al momento un tono solemne y a la vez inquieto, se le notaba con impaciencia por irse, no estaban haciendo nada, ni siquiera compañía a

un cuarto silencioso de moqueta verde. La miraba como un perro recién huérfano y perdido. Salieron juntas a la calle, era de día, agarradas de las manos, unidas. Miriam no fue capaz de ir al entierro de Santiago, no avisó a los suegros de Santiago, es decir sus padres, lo querían mucho, más que a ella, los llamaría cuando hubiese acopiado fuerzas. No quería presenciar el hundimiento del ataúd y menos el suyo propio sino se alejaba de aquel sufrimiento callado. Santiago se había ido, ya no podía despedirse. ¿Por qué presenciar el descenso de una caja y un cuerpo?, es decir de la nada, del vacío, que no podría ya llenarse ni taparse. No habría nadie en aquel cementerio que lo llorase, nadie se merece que lo despidan.

Las pestañas cóncavas del Sol asoman raspando el azul. Desayunará primero. Aunque no tiene hambre. Intenta alargar el tiempo, pensando excusas para dárselas a sí misma. La bolsa es un sacrílego turíbulo dando aroma al salón. Sentada en el lugar de Santiago, incluso a la luz trastorna. Igual que a la disposición interna del cuarto, cuya alma se transmuta en espasmos del tiempo, rociando a la letanía palpitante con un ritmo diferente. Los segundos que marca el reloj son un corazón que impulsa al silencio por todos los rincones. Acaba de darse cuenta, la sentó como si fuese él, en su lugar favorito, donde leía o simplemente observaba a través de la ventana las vidas pasar, como hizo ella anoche. Nuestros actos, que a veces los creemos cargados de aleatoriedad, alcanzan derroteros aprisionados por nuestras vivencias, sin quererlo. Faltan las palabras, los calificativos, que ella misma estaba buscando, y no le salen por no ser ducha en ellos. Santiago daba nombre, expresión, e historia a un andar. Dependiendo del tipo de paso, su longitud, linealidad, simetría, colocación del pié al impactar con el suelo (de talón, de dorso del empeine...), exponía su supuesto. Un día, cansado de que Miriam no creyese lo que le decía, bajaron haciéndose pasar por entrevistadores. Hicieron una encuesta a la

mujer retratada hacia un momento mientras la observaban desde el balcón. Es usted casada: No, divorciada. Hijos: Ninguno. Tipo de trabajo: Secretaria. Televisores en su casa: Tres: Teléfono móvil. Tres. Vino o cerveza: Ginebra... Cómo se definiría, feliz, del uno al cinco: Tres. Edad, no se preocupe, se mantendrá su anonimato: Treinta y tres. Nos daría su nombre, sin apellidos, simplemente por agradecerle su cortesía: Victoria, respondió antes de que terminaran de pedírselo. Había acertado en todo, incluso en el nombre. Miriam no lo entendía. Y lo que ellos (o Miriam) no sabían es que esta viandante asaltada había mentido, solamente dos verdades salidas por su boca: Victoria y sin hijos. Acertó incluso en las mentiras que diría esta mujer. Tal era su habilidad para desvelar tras telones de simulación. Él decía: Suelen ser las mentiras más verdades, que las que creemos que son, por ellas se movió el mundo en más ocasiones, y por ellas los sueños viven alimentando los sueños: la ilusión es el reino de la mentira; las verdades nublan nuestro entendimiento, no podemos aceptarlas, no las entendemos, no circulan fluido delante de nosotros, si apareciesen de pronto serían espectros de carne blanca; nuestras mentiras, son empeño nuestro, intrínseco a nuestro ser, con las que fabricamos un mundo de memoria ambigua, con las que andamos con la conciencia tranquila, con las que nuestros actos cobran coherencia, son argamasa de nuestras religiones... La verdad es una virtud impuesta por la falsedad que en el mundo impera: la hipocresía. Nadie quiere que le señalen la verdad. Quién lo diga miente. Las verdades parecen historias imaginadas. La verdad como dijo alguien es una estrella que estalló, y cada uno cogió un pedazo, el suyo.

La bóveda azul prendiendo, al amparo del ardor, a la par, el suelo reverbera luz clara, deslizándose tamos de vapor negro sobre la ciudad, vienen de las chimeneas de una fábrica. Calor. Exaltación nerviosa. Se

tumbó en el suelo, encima de la alfombra, mirando el techo, con la bolsa sobre su estómago, podría estar dentro, así lo siente. Sus manos juegan con el nudo, con la textura del plástico, sus ojos con los bailes de la luz, sus pies se mueven al compás, sus pantorrillas, rodillas, pelvis, manos, brazos, antebrazos, hombros, trepidan con la fosca inabarcable de sus pensamientos. Sin embargo distan de serlo, son rumbos manejados por céfiros, o cierzos, imágenes borrosas entre el ramaje, dolores como agujas revueltos con sonrisas. Las raíces hacen tropezar, las espinas rasgan. Desde fuera, si pudiéramos verla, si alguien estuviese cerca, apenas notaría un terremoto epidérmico, pero su interior es magma, ondas P y S las llaman los sismólogos, mueven al cuerpo en la misma dirección y perpendicularmente al epicentro que origina el temblor. Su foco es la agonía que le atenaza, el doloso invento de dar unos objetos a quien quiso a una persona viva. Cosas impregnadas de cal viva, que mata, que ahuyenta, que envenena la sangre hasta solidificarla cerca del corazón. Cosas y Miriam, un choque desacostumbrado, desigual, frenético. Como se dijo, si la mirásemos no notaríamos apenas movimiento, se mantiene pétrea contra el suelo. Levanta y baja sus brazos, ayudando a su pecho a hincharse hasta su límite, y luego a expulsar la angustia. Lo ha decidido, no abrirá la bolsa, por lo menos no ahora y sola, ahuecada entre las paredes de este cuarto donde compartieron sobretodo palabras. Incluso el sexo, para ellos era una excusa para luego dialogar, relajados en la duermevela cuando se abren algo más los pensamientos. Nunca quisieron oficialmente vivir juntos, eso a lo que llaman casarse, aunque compartieran casi todo el tiempo de sus vidas, para contarse aquello que el otro no había presenciado, iban a conciertos, al cine, o al teatro por separado, para luego contarse. A Miriam le gusta mucho la naturaleza, hacía excursiones con amigos o compañeros de trabajo. Santiago vagaba solo por la ciudad, y paraba en cualquier bar escuchando conversaciones, a las que él inventaba una historia. O

pactadamente no se hablaban durante un día de la semana, frecuentemente el lunes, para que los pensamientos encerrados brotaran el martes con ímpetu. Les gustaba debatirse. Disputas que podían estirarse hasta la llegada del alba. Si se podía llamar amorosa a su relación, era consecuencia de un diálogo profesional.

Las paredes rebrotan negras, con el silencio dispuesto a comérsela de dentro hacia fuera. La bolsa calla sin ojos, hinchado su vientre, estrangulado su cuello, como un odre que estalló sin rasgarse. Dentro de la niebla existe un sendero, un agujero entre humo y polvo, un tramo de miel, de abeja lanceando al aire. El dolor es externo, es húmedo, es polen, es rúbrica. El término existe, junto a una luz que no deja ver. A través de las volutas de origen. Dédalo de imágenes aprisionadas. La salida se intuye. El dolor la cubre. La remembranza tiene aroma a limón. El suelo es frío, pero es quien acoge cuando las piernas se apartan, no lo será tanto.

Dos

Una carretera, una curva, aunque estaba allí quieta y sigue allí. A la que se le podría culpar. Él la tomó con demasiada velocidad con el coche de la empresa. Se le contabilizará como víctima de la carretera, de la velocidad, de la fatalidad. Se culpará a un firme mojado, y a unos frenos que se bloquearon, en general a un coche con muchos años, o a una señalización deficiente. Pero de todo esto el único que en ese momento podría haberlo evitado era él, si hubiese controlado sus pensamientos que se arremolinaban en el pie, y sin darse cuenta transmitían a la máquina que únicamente se puede culpar de obedecer sin rechistar. Son parámetros abstractos, que en nuestra mente no encuentran asiento, sin embargo la vida se va, y con ella lo que entendemos realidad con sus problemas, y así todo se termina siempre concretando justamente en un punto finito del tiempo y al mismo tiempo infinito. Venía huyendo, haciendo cuentas con lo que debería haber dicho. Nos pasa que en la batalla nos guiamos por el viento, nos preguntamos de donde soplará, y si deberíamos dejarnos coger, abovedando las velas para huir. Ese es el sentimiento aunque no el hecho, hacemos lo opuesto lanzándonos al opuesto, como un toro que embiste sobre el terror. Santiago entró al trapo, con su habitual vehemencia. Querían acorralarlo, él arremetió primero, el consejo de administración se había convertido en una merienda de blancos, con un blanco con nombre ya escrito en la cartera de descartes, un complot para darle la vuelta al rumbo, al suyo. Santiago gritó como un niño al que le quitaron su juguete, no reaccionó a tiempo y luego no lo mejoró olvidando recapacitar. Un

adulto como él, curtido en batallas, debería haberlo previsto, y reaccionar más fríamente para no dar al enemigo además el gusto de ver todo el proceso de caída personal. Sus gestos se apagaron. Volviendo al símil de los toros, el capote ondeaba por la única puerta de salida, un túnel de final untado en falsa libertad. Terminaba en la salida: en un finiquito ganado tras quince años levantando la empresa que otros timonearán. El cielo como suele pasar ante situaciones opresoras amenazaba, no sabemos si con Sol o con nubes oscuras, pero era un cielo amenazante cayendo plomizo, y la tierra igualmente aumentaba su gravedad, creciendo como un bizcocho, resquebrajándose en glebas arrancadas por un viento rasero que llenaba los ojos, mancillándolos. Todo esto Santiago no lo observa, cree que es por dentro, y su rabia se transfigura en odio hacia sí mismo. Se ceba con la carretera, juega con la suerte sin ser consciente, y un fallo, es bueno saberlo, hace desaparecer lo bueno y lo malo de esta vida. Hay quien le dijo que no cogiera el coche en ese estado de nervios, o quizá lo pensó, y en el arrepentimiento quiere hacerse creer que sí lo dijo. Ya lo dije, sabía que iba a pasar: se usan deseos futuros en pasados irrevocables. Son flabelos con los que refrescamos de peso nuestros actos. Por esta equivocación no conocerá a su hijo, que empieza a germinar sin que Miriam lo sepa todavía. Si no estuviera hundida en recuerdos y confusión habría reparado en el retraso de casi dos semanas, quizá lo tome como un alivio del cuerpo, que en ese momento necesita todas las energías para soportar la pérdida, y aquel cúmulo de cosas atrapadas, asfixiadas ya. Desde niña ha escuchado: el cuerpo es sabio, hay que hacerle caso. Si esto fuese verdad, moriría allí mismo, sobre la alfombra áspera de fibra de coco, que va dejando huellas de caminos ondulados en su cuerpo desnudo. Si escuchara la llamada enervada de su espalda, el llanto de su estómago, el vibratorio repicar de sus rodillas, se quedaría sorda. Sin embargo seguiría escuchando a su cerebro, el que más habla, y del que no se necesitan facultades auditivas

para percibirlo, no podría esconderse detrás de la sordera, detrás de nada, moriría si no fuese por esa capacidad del ser humano de no estar, de desconectar ante el abrumador alboroto del misterio y el dolor.

Tres

Miriam escucha la música que tiene a un volumen alto un vecino, y lo recuerdos brotan. No teniendo constancia de ella misma se levanta. El dolor aletea como una mariposa manejada por el viento, esa melodía le da un empujón al cuerpo. Recorre habitación por habitación, hasta dar con el lugar de donde viene. Es muerte de amor (de Tristán e Isolda de Wagner). Pasajes musicales que apasionaban mucho a Santiago. Él murió por un odio ebrio de los componentes absurdos y alcohólicos de la culpa. Se olvido de su amor por ella, que la esperaba. Coloca su oreja pegada a la pared y Wagner explota pletórico, cerca cabalgan sus valquirias, atronando el delgado muro, limpiando el silencio sucio de silencio. El día se adivina en las diminutas luces que perforan las persianas, el cielo ya no será azul. Blanco liliá. Aunque el cielo vea todos los días atrocidades, despierta inoculado, sin memoria. ¿Quién estará detrás? Ella siente que la esperan, que la reclaman. Se viste, su primera querencia fue ir como la trajeron a este mundo, se suele decir así, a este mundo venimos desnudos de cuerpo y alma, pero el alma jamás la podrá ya desnudar del poso de los años. Sale al rellano acercándose al vecino, terminaron las valquirias de cantar a Odín, llevándole las almas de los muertos en batalla a su gran sala bruñida, se pasó al canto enérgico de Rienzi, apoteósicas voces que desmiembran la angustia de Miriam, quebrantándola, haciéndole revivir momentos sublimes en la cama junto a Santiago con esta misma música de fondo. Siestas calientes a las cinco de la tarde con Wagner meciendo el deseo, después las palabras, el intercambió no menos vehemente de impresiones.

La música evoca, sabe pinchar y recorrer en el surco adecuado. En ella los cauces están grabados por la ardiente respuesta, sí y mil veces sí diría en la cama ahora, sin saltos de pista fluiría el uno dentro, flotando en la unidad los dos, gritando de dolor sublime, mojando de sonidos las paredes, que como súplicas resbalan por los araños en la espalda, adorando a la imagen y su sombra callada desde la ventana. Un Dios que dicen está en todas partes, dentro, fuera, en la angustia, en la felicidad, un Dios que erró, pues si no hubiera creado el deseo, no tendría que haberse ocupado de rebuscar e inventar un sentimiento tan inespecífico como la culpa, tan espacioso, tan saco en el que cabe todo, que se hizo imprescindible en cualquier acto humano, y en cualquier invento religioso. El hombre no se hubiera visto abocado a pernoctar días y noches bajo su dalmática por miedo que lejos de ella ese sentimiento fantaseado se diluyera cuando el aire soplará trayendo aromas a los sentidos. Los gritos pueden ser de placer, así el silencio puede ser por la desolación. El dolor es culmen, su ausencia es fin. Las contradicciones invocan, son un pulso cerrado con nosotros mismos. Quizá el desconocido vecino, hoy se resarce del tormento del ayer, de la envidia, de su propio silencio, de su propio anonimato...el vaivén de las olas es fuego, nuestro navío no corre, agarrado por las espesas lianas de algas, el sol resbala sus lágrimas secas por la superficie en calma del mar, Miriam es un madero enganchado también en este mar viscoso que son sus recuerdos, el dolor, la necesidad de encontrar la falsa música que le agujerea el cuerpo, la ausencia, el silencio interior, su mueca que ella no ve, pero que revela todo lo que una persona es por dentro. La cara de Miriam nos habla de su angustia, aunque algún día pasará, eso nos apunta y nos dice la experiencia, ahora es eterna, es inagotable, no tiene fin, ni salida, y Wagner como aquella flauta del flautista la atrae hacia el abismo, y al mismo tiempo la quiere salvar de él. La música es caprichosa, la hunde o levanta, igual nos pasa a nosotros. Miriam es también caprichosa y entre las

notas elige con una minuciosidad completa. Nuestro oído está recorrido por fibras que se cruzan, que decantan, que suben y bajan, que oyen o escuchan, que filtran, que mienten, que advierten, que giran sobre sí mismas expulsando la incongruencia o la verdad, liliales o perversas, al oído fue a quien le inventaron más trampas los demagogos. Nos enganchan, nos han creado mundos imaginarios, para que nuestros ojos los busquen con ansiedad. Que dicen que dicen, las mentiras y los chismes se sisean pegados a la oreja (embudo no selectivo). Aun dormidos dicen que oímos, como puede ser que despiertos no escuchemos. El vecino cambia de disco. Miriam quiere volver con Wagner, Mozart es una trampa repleta de sonoridad enjaulada, de alegría, de esperanza falsa, una maraña de hojas secas crujiendo bajo el peso de unos pasos, desvirtuados por la letanía profunda de notas fáciles de escuchar. Si la viéramos con sus hombros cargados, con su espalda arqueada, nos daríamos cuenta, sin saber nada, de que es una mujer rendida. La bolsa la lleva pegada a su mano, ella no la cogió, no sabe que está ahí, si no supiéramos que es un ser inerte pensaríamos que no deseaba quedarse sola, otra vez en el sillón, acogida y recogida. Abandonada será sin haber llegado a encontrar la palabra precisa.

Miriam llama a la puerta, insiste, el rellano es oscuro, no entra la luz del Sol, hay un ventanuco que apenas da un respiro al olor mohoso y de cocido antiguo incrustado en la pintura descolorida de las paredes, suenan cerrojos, vueltas de cerradura, los segundos se alargan, saldría corriendo, ya es tarde, se asoma una mujer sin desenganchar la última cadena, solo se ven sus ojos azules, y arrugas débiles, muy expresivas, en la frente. El pelo oscuro sin peinar.

¿Qué quiere?

Me gustaría hablar con usted.

No me ha contestado.

No sabría contestarle, solo hablar, he oído la música y...déjelo, no sé

qué hago aquí.

No, espere, entre, tenemos que hablar, tiene razón, ninguna de las dos sabe que es lo que hace enfrente de la otra, pero llegadas a este punto no se puede echar marcha atrás.

No la comprendo.

Me gustaría decirle que yo sí.

Escuché a Wagner, y para mí esa música quiere decir mucho, tanto que no concebiría mi vida, sabe, se murió mi marido. Era su compositor favorito.

Lo siento. Pase, necesitará hablar. Cuando entró la miró de arriba abajo parecía que con deseo

El comedor es amplio, derribaron muros y abarca casi toda la casa, un anchuroso ventanal, por donde entra la luz inundando la estancia, es aterciopelada, se espolvorea donde toca colores claros. Suave y agradable, es la cara de esta interlocutora que se presenta a sí misma como Inma, que sonríe escondiendo una reserva en los labios al no acompañar en todo a los ojos. Las dos mujeres se relajan ante una taza de té, hablando, apenas de nada que tenga sustancia, del tiempo o de algún cotilleo, no quieren abordar, ni desbordar el momento mágico, sus manos traquetean la cuchara, haciendo música acompasada a sus fibras nerviosas que reptan atosigando. Actúa la cuchara como tralla de liberación nerviosa.

Inma, ¿por qué pusiste esa música?

Me gusta. Lo dice bajando los ojos.

Wagner es magnífico, ¿verdad?

Sí, apoteósico, no tengo ningún conocimiento sobre música clásica, disfruto de unos pocos discos que me regaló un amigo, el que tenía puesto es el que más me gusta, me adormezco en el sofá, lo pongo y el mundo también se adormece, y la vorágine de ahí fuera, no te imaginas lo que es trabajar vendiendo seguros. Sin haberlo convenido ninguna de las dos,

abandonan el tratamiento, y se hablan de tú.

La verdad es que no, mi trabajo no es muy estresante aunque, como todos, también tiene sus pegas.

¿En qué trabajas?

Soy antropóloga, doy clases en la universidad, y en verano echo una mano en excavaciones de forma voluntaria, se vienen siempre algunos alumnos de mi clase, es la mejor época del año, conjugo mis dos pasiones, enseñar, y siempre se aprende, de mis compañeros que llevan las excavaciones, y de los propios jóvenes.

Tras un comienzo árido, sobretodo inesperado, los recelos se despintan. Miriam creía que se iba a encontrar otra persona detrás de la pared. Se flagela por sus malos pensamientos y al mismo tiempo se alegra. Hablan toda la tarde. Hace unas horas no se conocían, y una atracción está surgiendo. Cálida, demasiado entre dos mujeres, piensa Miriam. Le cuenta su historia última e íntima, y la bolsa sale a relucir. A Inma le ha interesado mucho, y pregunta, indaga sobre el objeto lleno de misterio. La conversación gira durante un buen rato alrededor de la oronda, punto y círculo que es centro desde que murió Santiago. Inma acoge lo que escucha como si tuviese que vérselas de ahora en adelante con ello. Mientras, sin pensarlo, las manos de ambas se agarran con una fuerza propia, con autonomía simpática o parasimpática, libran una lucha placentera, los dedos son los representantes de los deseos, que se saltan el filtro del sentido común, del raciocinio, ambas se desconocían apenas hace tres hora, una eternidad cuando la vehemencia nos arrastra, la química confluye en un tubo de ensayo, explotando en aquellos puntos de nuestro cuerpo próceres de la voluntad. Ya son caricias en la nuca, el dorso de la mano discurriendo entre pezones erguidos, y las bocas dando bocados sin dientes en el mentón, bajando y subiendo, llegando y alejándose, la ropa les sobra, el aire cosquillea la espalda, el sudor es bálsamo, resbala vaciándose

en las sábanas. Lenguas buscando respingos, olores que inflaman el fuego, ojos cerrados, un chispazo con la pregunta de cómo se ha llegado a este punto, y la respuesta de qué importancia tiene. Wagner vuela, cual pájaro o salmo, amortigua los gritos que extinguieron a la elipsis interior. Las dos duermen abrazadas. La bolsa azul sobre la mesita llamada de noche. El Sol cae de nuevo en esta historia, refulgiendo, como siempre que se apaga, como un resollo al caerle gotas de agua, chisporroteando como una bombilla mal enroscada, o son sus ojos entornados, y las pestañas engarzadas, o los cuerpos que enfriados aun sufren por el calor soportado, sea como sea llegó la noche y el sueño, y se derogó el mandato auto impuesto de abrir la bolsa, y agarrar la libreta de tapas verdes. ¿Se aplazó al día siguiente? Ahora le ocupa un sentimiento nuevo.

Cuatro

Santiago tenía un trabajo tirano a demanda suya, se involucró tanto en él para no mirar de frente a la vida, lo único que sentía es que no le dejaba tiempo para su deseo más oculto: escribir. Quizá no se atreviese a afrontarlo de cara, directamente, por miedo al fracaso. La libreta no se podía considerar un acto voluntario, ni siquiera de escritura.

Oculta por una maraña de servilismos, de falta de estima, su gran pasión aparcada en la quinta lama de la estantería del despacho de casa. Apenas volvía a ella desde la adolescencia, alguna tarde suelta de fin de semana, aburrido frente al televisor, y con Miriam fuera visitando a una amiga. Cogía los papeles con reparo, con susto, como cuando alguien conocido te espera en una esquina, escondido, y grita para asustarte, y aunque lo supieras porque lo habías visto, gritas tú también asustado o contagiado. Los escritos, a los que Miriam les atribuye gran calidad, son poemas inconclusos, cuentos inacabados, Una novela empezada en aquel mes que estuvo de baja con la pierna rota, ensayos terminados de su época de estudiante universitario, cuando tenía un poco de conciencia y arrimaba el hombro, lo suyo eran siempre las causas perdidas. Cada frase escrita y en su momento releída punzan, no por su apasionamiento, que lo había, si no por su falta de final, nada que valiese la pena está concluido, y no solo en el ámbito de la escritura. Era más un propósito que un descuido, ninguna marca exterior alumbraba que su interior fuese batalla. Era un hombre bueno, austero. Miriam casi lo idolatraba. El casi era porque de cuando en cuando sufría pérdidas de control, en raras ocasiones. La última, le

ocasionó el final de su vida. Dentro del exterior tranquilo, había un león que rugía en la antítesis de la realidad, y que pugnaba por surgir, necesitaba un gran empujón, pero era bestia negra, bestia que arañaba su jaula, que destruía únicamente al que lo mantenía encerrado. A ese únicamente lo conoció Miriam. Quizá sus padres. Al ser humano lo conocieron todos. La empresa en la que trabajaba ascendió desde que se puso al frente, no pararon sus beneficios de ir pendiente arriba, los socios confiaban en aquel hombre hacendoso, cayado, que colocaba la palabra exacta en medio de una reunión, o el ojo en una inversión escondida, que pronto lucía en oro bursátil. Lo llamaban, dentro de la empresa, el detective del dinero. Seguía su rastro como un sabueso, parecía olerlo. En cambio en su vida, aparentemente, no parecía sobrar, poseía un coche modesto y demasiado antiguo, una casa pequeña, aunque acogedora, sólo se cuidó de que no estorbasen los edificios la puesta y la salida del Sol, y el cielo se viese nítido al menos de día, porque de noche no hay bóveda en las ciudades. Él las llamaba lugares donde el cielo de noche duerme, los ojos infinitos están cerrados. Lo que sí se ve es la luna caer, entre los tejados. Aún no hemos conseguido apagarla. Las ciudades huyen de la inmensidad del firmamento, creyéndose únicas. Viven de espaldas a lo eterno, amarrando con sus bombillas el espacio. Apartándose del arco negro, la boca indescifrable. Buscó la casa apropiada, con buenas vistas y luz, pero modesta, aunque se podrían haber permitido un adosado encerrado en esas calles insulsas y paralelas de los barrios dormitorio, los barrios perdidos en el silencio del asfalto isla, en medio de aparentemente nada, con las alambradas y demás medidas de seguridad con las que se van dotando, entre ellas perros grandes y oscuros que ladran dispuestos a dejar sin cara al que se atreva a cruzar el umbral. Hogares cueva donde la enredadera que se plantó el segundo día de vivir en ellos es la única vista alegre.

Parte del dinero que ganaba se marchaba a una organización: encadenamiento de favores. Se lo entregaba a una mujer extraña, Vilma, llegaba siempre a principios de mes a recoger el sobre. Su nombre verdadero, o con la que la inscribieron en el registro sus padres, es Rosa. El mote (Vilma) se lo colocaron por su forma de andar desaliñada, balanceando los brazos, las caderas estrechas, los hombros anchos, el pelo enmarañado, los ojillos brillantes y la sonrisa ladeada. Era la pura descripción de un malo, en este caso mala de telenovela típica. Miriam intentaba pensar, consiguiéndolo a medias, que no deberían condicionarnos tanto las apariencias, y que nos llevaríamos sorpresas a poco que nos quitáramos prejuicios, nuestras vidas serían menos aburridas sin estos pequeños alfileres que llevamos hincados advirtiéndonos de cosas que debemos experimentar nosotros y que al juzgarlas antes de su tiempo nos hace perder experiencias enriquecedoras. Siempre llegaba el día uno del mes, a la hora de la cena. Miriam se preguntaba si no habría otra forma de donar el dinero, esta parecía extorsión, u obligación misteriosa. Por qué no un ingreso bancario, o una transferencia. Él le explicaba que era simplemente una asociación poco más o menos que benéfica, a la que su familia pertenecía de siempre, desde antes de la guerra civil, sus abuelos tuvieron a gente escondida en su casa, del bando constitucional, el republicano. Es como una cadena de agradecimientos entre personas de bien, ajena a política y a creencias, unidas por el amor, no dijo amor al dinero, pero Miriam es lo que intuyó. Dos miradas que se quieren comprender no soportan entre ellas ninguna idea absoluta. Por eso los ejércitos se adiestran con enemigos ficticios y arengas patrias que nada significan. Se extendieron en el tiempo, en la democracia funcionaban como una organización de ayuda a personas excluidas de la sociedad, no para reinsertarse, sino para poder vivir como habían elegido. Y él, como en ese momento solo tenía dinero y no tiempo, su eslabón aportado era

únicamente monetario. Todo consistía en una maraña de favores a la que cada uno fuese agregándose con su aportación, y enganchándose. A Miriam no le colmaban estas explicaciones, tan vagas, por más que preguntase no conseguía una respuesta concreta y que la saciase. Jamás había oído en un medio de comunicación hablar de esta organización. Ni siquiera aparecía en el todopoderoso Internet. Debía ser una organización inmensamente secreta, para que consiga hoy seguir sumida en la oscuridad, lo que le producía a Miriam muchísima intranquilidad. Tenía la sensación, de que esa cadena, de la que hablaba, era autentica, pero no de favores, sino de las limitadoras de libertad, pesadas, hecha de eslabones de duro acero. Vilma llegaba con buenas formas. Estás que enseñan los dientes con que arrasques un poco. Un traje pulcro, y palabras pegajosas como la tela de una araña. Para Miriam, solo faltaba el arma para completar la escena, así se convertiría en coherente. Después de cada aportación solía venir un episodio de escritura en la libreta de tapas verdes, y gruñir, y falta de comunicación, y ausencia de preguntas, y soledad, o sexo mecánico, o miradas evaporadas, y sobre todo silencio...

Cinco

Dos mujeres amándose, que baje Dios y lo vea. Dicen que él las colocó en la tierra para procrear, para reproducir a la especie que una buena mañana creó para su solaz en la monótona eternidad. Un juguete, un bichito andariego que colocó en un punto del globo, aquella bola casi azul que cuelga del cuarto de invitados. Un Adán y una Eva, que en un abrir y cerrar de ojos transformaron su creación, casi tanto como si la hubieran recreado, extendiéndose como una epidemia. Qué hubiese sobrevenido si a Eva le hubiesen atraído las mujeres. Tal vez Adán no le satisfacía lo suficiente, por eso mordió la manzana, y con ella vino el deseo por el pecado según cuenta el génesis, y con ella el ansia buscada, el amor hacia lo distinto, ese mundo aburrido en el que no conocíamos el pecado, absurdo y siniestro se abrió y nos dejó la puerta abierta para equivocarnos, ella quiso alejarse del yugo, y la violencia se desató, y por siempre creyó que su lugar era debajo, de sirvienta, de segundo plano. Seguramente Dios esperaba que esto ocurriera, lo propició, pues Dios desde siempre ha sido recreado como hombre. Lo que debe ser la eternidad para que encima lo único que puede entretenerte sea predecible porque tú lo hiciste así. Dios habría gritado: ¡viva el caos! ¡Qué sea lo que Dios quiera!, es decir lo que la suerte o la casualidad marque. Con un cambio, un soplo apenas a una costilla, dos mujeres podrían haber sido el comienzo del deambular de la mujer, y no ya el hombre, sobre la tierra. Y la historia. ¿Qué Hubiese sido de ella? si como dicen la han protagonizado los ganadores, y con solo maldad, propagada según el génesis por la mujer, sin el contrapeso del hombre, ¿Qué habría

hecho la mujer? Hay quien dice que lo mismo, que el humano no son dos mitades. ¿Entonces? no culparíamos al género de los males, ni al sexo, quizás a la cultura que se ha viciado, que ha sido contaminada de demasiadas supersticiones, quizás no queremos ver la realidad, y el miedo nos vomita y nos hace reos de ese dios que tampoco tendría que ser tan malo. Podríamos haberlo inventado paritario, y sincero, y sobre todo alejado, lejos y olvidado, ni hombre ni mujer, nada y todo, el universo que no nos contempla porque somos una pequeña parte de él. Cómo cuentan las matemáticas, un bocado del infinito asimismo puede ser infinito. Y un dios inventado también puede producir serenidad y tolerancia.

Miriam abre los ojos, hace una mañana esplendida, de luz blanca, o eso aparenta al pasar por cortinas translúcidas. Sostiene carne agarrada a sus manos, mórbida y caliente, de una mujer que todavía no conoce. Se siente bien. Cansada de posponer el asunto de la bolsa. ¿Hoy siendo dos será más fácil? ¿Tendrá fuerzas para plantearlo? Inma está aún dormida. Con los ojos cerrados parece un ser inventado, soñado entre sábanas solitarias, parece ausente de vida, de alma. Sus labios impenetrablemente cerrados, y sus brazos lacios la sitúan alejada, en otra esfera, dibujada tal vez. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Le entran dudas, de pronto ha visto la noche desde diferentes ángulos, desde fuera, alejada por una distancia entre cuerpo y mente, que a veces se ahonda como una sima infranqueable, y otras se cierra con suturas aparentemente sólidas. La bolsa está tan cerca, y Santiago tan lejos. Sobre la mesilla, abultando poco, escondida tras un montón de libros, esperando el zarpazo, el rasgado. Miriam Soportaría su segunda muerte con estoicismo. Soportaría laceraciones. Con lo que no podrá, es su pensamiento, es con su significado, al que le tiene aprensión, no fue capaz de saber en vida de Santiago, nada de lo que ahora se muestra tenebroso, y es incapaz de preguntar que es lo que sería abrirla. El día aburre a los sentidos descifrando y creando un universo monstruoso, los

sentidos divergen de noche vindicando un monopolio herético que renace de la oscuridad apagándose. Son los sueños proyectados hacia el mediodía los que nos hacen recapacitar, desanimándonos. La luz da otro color a la escena, quiere irse, Inma está despierta azogada, sin abrir los ojos, palpitando, esperando que Miriam mueva la siguiente ficha, para ella responder, no querría llevar la iniciativa en esta relación. No sabe si esta noche significará para Miriam, lo mismo que para ella. Ella siempre quiere algo más. Entendería cualquier postura, incluso el desprecio. Es una mujer necesitada de cariño. Miriam se viste, sin pedir permiso, no dice nada, se acerca al equipo de música y saca el disco de Wagner metiéndolo en el bolsillo delantero del mono vaquero que lleva puesto. Inma ve sin interrumpir, y cuando Miriam ha sobrepasado el vano, habla con voz dulce casi imperceptible.

Es un préstamo, no lo olvides, quiero que volvamos a vernos.

Miriam responde sin volver el rostro, sin asomarse: de acuerdo, esta noche, a las nueve en el restaurante que abrieron en la esquina de la calle. No recuerda el nombre, fue con Santiago justamente hace un mes. La última vez que lo vio escribir algo en la libreta. Al llegar a casa, y quitarse el abrigo, anduvo cayado el pasillo hacia su despacho, ella disimulando hizo como si fuese al cuarto de baño a desmaquillarse, lo siguió, y lo observó desde su espaldas en trance, parecía desprender vapor tenue que en oleadas de fino tul aromatizaban el cuarto. Su mano crispada escribía sin cesar, renglón a renglón apresuradamente, el resto del cuerpo seguía los movimientos de las palabras entintadas como un trapo. No se atrevió a estar allí agazapada más tiempo por temor a ser descubierta. Lo esperó acostada, en la penumbra, adivinando los objetos sin color con el recuerdo, divirtiéndose con el roce de las sabanas sobre su piel recién engrasada con la crema de después de ducharse, no lo oyó entrar, su cuerpo pesado y caliente se abalanzó impulsivo sobre ella, sin decir palabra. Gozaron aun

cuando esta palabra, su plural, viniera grande en ese momento, ella no expresó lo contrario, Santiago no percibió el desequilibrio en el placer.

Las despedidas nos exceden, cuando va a ser eterna la distancia, las despedidas son para los que vuelven, decía Santiago. No sabe porqué las palabras dichas van surgiendo del fondo en destellos y explicando preguntas no formuladas por obvias. Los gestos como una amalgama funesta desisten de acompañarlas, se perdieron entre la brisa intemporal, incluso la cara de Santiago se borra, desaparece entre brumas de gasa que caen sin llanto, el nudo atora el río de lágrimas, lo convierte en presión de pared de presa, el rostro de la persona que la acompañó durante diez años desaparece. Entra en casa, fija la mirada en una de las fotografías en el aparador, le parece una presencia externa, la fisonomía de Santiago le es ajena, tiene un gesto desconocido. Abrazados, él rodeando su cintura, y los ojos mirando hacia un punto, un rictus angustioso que nunca había apreciado. Juraría que cambiaron la fotografía. Lleva al menos cuatro años enmarcada, solos ellos dos, con el estanque del retiro detrás, una barca con una muchacha rubia, Santiago parece estar en otro lugar, escondido, agazapado dentro de su figura serena. Esa enmarcación del una loncha del tiempo ha retomado vida, habiendo transfigurado el contexto, ese brazo ido a la cintura está laxo, como de pose obligada, y su rostro parece querer mirar hacia atrás. Miriam absorta en ese instante y desde él hasta el presente, descubre un secreto, o querría olvidarlo, la muchacha de la barca es aquella, cree acordarse de su nombre: ¡Victoria! A la que hicieron aquella encuesta simulada. Se sienta, consumida por la ansiedad. Son demasiadas emociones, de pronto percibe atando cabos que Santiago le era infiel. No tiene evidencias, son fogonazos que se producen en el pensamiento y le conducen a ese desenlace. La bolsa debe saber, porque está mirando por la ventana, enganchada al picaporte, Miriam no se acuerda de haberla colgado, da la impresión de que disimula pegada al

cristal. Los cabos deshilachados de cuerdas escondidas, mejor sería que fuesen invisibles, se dice, y no asomaran a destiempo. No quería abrir los ojos. A ese abismo. Y menos ahora, que ya es tarde. Debería llorar sólo por la ausencia de Santiago. Los ojos se abren a veces de imprevisto, desbaratándonos, destruyendo nuestro mundo hecho con naipes de cuerpo ligero. De bolas: espejos cóncavos. De algas peinadas por el arrastre de un río: cantos rodados, cartas aun no escritas volando con las nubes, igual que ellas informes. Había mirado esa fotografía siempre mal, enfocándose a sí misma, a su sonrisa, a una tarde cálida de primavera, y a un paseo después de un invierno demasiado frío, Santiago se había portado bien, bien quiere decir que no se había quejado por estar perdiendo el tiempo en un parque, había ido a comprar un granizado, tardó un tiempo, ella lo esperó tumbada, acariciada por la hierba no le dio importancia a la tardanza, aunque él no tenía costumbre de entretenérse. Llegó, protestando ante la lentitud del dependiente de la heladería. La brisa de aquella tarde era un murmullo, y ellos un silencio, se levantaron al rato entumecidos por el fresco que traía la misma brisa convertida en viento, y pidieron a un hombre que les hiciera una fotografía. Santiago buscó el encuadre, delante de la pequeña balaustrada de hierro, con el fondo lleno de pequeñas barcas, y los sauces bailando en la orilla. Cuando la revelaron ni siquiera reparó en las barcas y en sus ocupantes. Ahora se da cuenta que no son varias, si no una barca, y una ocupante que mira al objetivo de frente, es ella la retratada, y ellos son el fondo que nada interesa, fondo adelantado, obstáculo. La mirada de Miriam mira al objetivo ajena. Ella no es obstáculo, es estorbo, es pieza que sobra en este rompecabezas, un bulto colocado para ensuciar el encuadre. Recorta la fotografía, dejando solamente a Victoria, cree que se llama así, y lo que sobra lo desecha en la papelera, se tumba en el sofá, intenta recoger con las pistas los hilos sueltos, antes coloca a Victoria sobre el aparador, sola sin marco, le quedó grande, bailotearía entre cristal y

madera en su barca sobre mar dulce, sobre estera dentada, superpuesta a recuerdos acorralados. El sofá apacigua su espalda abrasada de cansancio. Cierra los ojos. Se sumerge en montañas rusas de emociones.

Seis

Los gorriones vuelan como un proyectil errante, despliegan sus alas, aletean y se lanzan al espacio. El águila se apoya en el abismo con sus imponentes velas, oteando el suelo con la suavidad que necesita, ayudada por la profundidad de su ceja. El vencejo garabatea con su propio cuerpo estelas huecas en aire macizo, en un baile azaroso combina materia e infinito, equilibrio y sorpresa, fuerza e ingrávida, el suelo es su cielo. El canario golpea sin duelo los alambres de sus confines, la tierra detrás está cortada a lonchas de tiempo, canta sin frenesí olas cálidas que no rebotan, que no atraviesan, cuyo destino es el vacío. La urraca se agarra al viento para cambiar de dirección, volteando su cola estabiliza el mareo, y el tintinear de sus pupilas con el brillo se entretienen, doblegándose ante él. El gorrión sin la migaja de pan es crujido; el águila sin la presa es raya; el vencejo sin su cielo es desorientación; el canario sin sentencia es mancha; la urraca sin brillo esgota...

Miriam hojea páginas escritas con poemas inconclusos como este. Ha desordenado las carpetas donde está guardado lo que escribía, sobre las estanterías, sobre el escritorio, nunca hasta ese momento había puesto sus ojos tan cerca en alguno de esos papeles, ni había estado a punto de sentarse en su silla, no llegó a hacerlo, pero pasó su mano por el respaldo recordando la visión de la nuca de Santiago, ancha y con aspecto fuerte, sin

embargo muy sensible al roce, se le erizaban los pelos con insinuar tocarla. Quiere abordar así el pasado, busca entre los folios las respuestas, también a Victoria, acaso refugiada en otro nombre. O una sombra de la libreta encerrada todavía en la bolsa azul, o algún misterio de los que se están haciendo patentes después de la muerte de Santiago. Ella siempre pensó que un día él sería un escritor famoso, no lo hacía mal, el impedimento para conseguirlo es que era inconstante. A veces a ella misma le acometía la culpabilidad por sentirse obstáculo en su carrera, robándole tiempo. Aunque los dos sabían a ciencia cierta que era él el único responsable. Gozaba de esa manía, la consideraba él mismo así, de no acabar nada cuando ya lo tenía encauzado, le fallaba el desenlace, quizás se lo guardaba, o lo soslayaba por no darle importancia, o le faltaba la confianza. Santiago pensaba que los finales son el mismo final aunque no caigamos en la cuenta, puestos en este camino, los principios del mismo modo serán el mismo principio, y el nudo una simple conjugación de unos cuantos hilos, que girados, enlazados, tensados, sean las infinitas tramas de una tela, que por no aburrirnos procuramos cada vez que topamos con ella, representar sorpresa. Algunos la sienten de verdad. El nudo le movía a escribir, por ser el lugar del escrito donde se formulan las preguntas de las que nunca se encuentran respuestas satisfactorias, dejaba a la imaginación, o puede que a su imposibilidad, la resolución, el desenlace, sufría de miedo a que las preguntas se respondiesen. Pudiera ser que Santiago tenga razón. ¿Ese camino nos llevaría a un mundo simple? O a su opuesto en el espejo, todos diríamos que una imagen reflejada es semejante a la que copia, sin embargo cualquier espejo puede devolver monstruos sin habérselo pedido. ¿Lo simple es inherentemente sencillo? Como una gota de rocío que resbala sobre una espina del rosal: se formó por conjunciones térmicas e hídricas, por movimientos de aire globales, porque el sol proporcionó la energía necesaria para que el agua estuviera en suspensión, cerca del amanecer